

## DON GONZALO J. VIÑES MASIP IMPRESIONES DE UNOS AÑOS DE AMISTAD

POR

LUIS PERICOT

Director del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia

Entre los dolores que estos años pasados nos han traído, uno de los que mayor impresión causó en nuestro ánimo fué el que sentimos al recibir la noticia, en los primeros meses de 1937, del asesinato de nuestro amigo y colaborador don Gonzalo Viñes. Referencias recibidas poco antes, que daban como salvados los momentos más peligrosos, aquietaron un poco el temor que desde el principio sentimos por él.

Las preocupaciones y peligros de los meses que siguieron no lograron apartar de nuestra mente el recuerdo del hombre bueno y sabio con quien habíamos compartido algunos de los más bellos momentos de nuestra vida. No podíamos acostumbrarnos a la idea de que jamás volveríamos a discutir la edad de unos sílex, en la semioscuridad del laboratorio del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, o a contemplar juntos, desde la amplia entrada de su «Cova Negra», el maravilloso paisaje del paso que las aguas han abierto al valle de Albaida.

Aquel dolor justifica estas líneas de recuerdo, que no quieren ser una biografía, reservada para quienes le trataron desde mucho antes de que yo lo hiciera y puedan recoger otros aspectos de su vida que yo conocí sólo incidentalmente a través de sus conversaciones. Su figura merece un estudio más profundo que el de estas simples impresiones; pero no estará tal vez de más, en el esbozo de su compleja personalidad, el eco de una de sus facetas, transmitido por quien se acercó a él sin prejuicios y con una franca amistad, sellada por el afán común y desinteresado de la Ciencia.

Conocí a don Gonzalo Viñes a comienzos de 1928, formando parte del equipo de trabajadores, modestos, pero eficientes, que con innegable traza supo reunir Isidro Ballester en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación. Oí hablar mucho de sus descubrimientos prehistóricos. Estos parecían revestir especial importancia en «Cova Negra», yacimiento que por su edad paleolítica se avenía con sus aficiones y conocimientos geológicos. Pero sus visitas a Valencia eran demasiado rápidas y hasta el mes de julio no tuve ocasión de profundizar en su amistad.

En esta fecha se inauguró la serie de campañas, realmente afortunadas, del Servicio, con la excavación del poblado ibérico de La Bastida. Una



Don Gonzalo J. Viñes

parte de la excavación la realizamos juntos él, el infatigable don Mariano Jornet y yo, y con esta convivencia se estableció al punto entre nosotros un lazo de simpatía que el tiempo había de estrechar más todavía. Cada día subíamos al monte desde la masía de «Les Alcuses», donde nos alojábamos, y allí en la altura transcurría la jornada con la emoción constante del hallazgo siempre renovado y la tarea inacabable de tomar notas y preparar los objetos. Aquellos días de vida en plena naturaleza, sin otro pensamiento que la Prehistoria, se comprende que nos unieran con lazos muy fuertes de amistad. Toda clase de problemas científicos fueron pasados en revista y quedé con el deseo y el compromiso de visitar su «Cova Negra», lo que por una serie de circunstancias hubo de retrasarse unos años.

Desde entonces nuestras relaciones fueron constantes. Su venida a Valencia, con rápida visita a la «cueva», como familiarmente llamábamos a aquel rincón casi ignorado por los valencianos, donde se rehacían las páginas de su remoto pasado, traía siempre alguna sugestión interesante: una nueva idea, un nuevo documento señalado en los restos paleontológicos o arqueológicos de «Cova Negra», que seguía infatigablemente estudiando. Pero de la escasez de estas cortas ocasiones de trato nos resarcían las campañas veraniegas, y en especial las de los veranos de 1929, 1930 y 1931 en la cueva del Parpalló.

¡Aquellas semanas del Parpalló! Cara al lejano Montgó pasábamos las jornadas, demasiado cortas, entre sorpresas constantes. Don Gonzalo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para sustraerse unos días a las ocupaciones de su sagrado ministerio y escaparse a estos placeres científicos. El fuego sagrado se comunicaba a los obreros, entre los que don Gonzalo gozaba de verdadera popularidad, animándoles con el ejemplo y trabajando incansablemente con la típica figura que le daba su sotana levantada y su amplio sombrero de tela. El ambiente del hallazgo sensacional se mantenía constante y el gran dolor era el de tener que alejarse uno de nosotros por alguna ocupación ineludible en Játiva o en Valencia.

En las horas de descanso, en la cueva o en las casas de La Drova, donde nos hospedábamos junto con los obreros, en plena armonía, se hablaba de todo lo divino y lo humano, y no le faltó la ocasión de ejercer su sagrado ministerio en la idílica capilla del lugar, con gran contento de los escasos habitantes de La Drova, que por su aislamiento se veían privados de la misa durante la mayor parte del año.

Con él, bajo su experta guía, visité varias veces su querida Játiva, tan llena de recuerdos de todas las épocas, en alguna ocasión acompañado de otros arqueólogos (en 1933 con el profesor Schulten); con él rebuscamos en la Cueva del Pernil para encontrar las pinturas que Breuil había señalado; con él realicé la tan ansiada visita a «Cova Negra», una de las más sugestivas que pueden hacerse a monumentos históricos valencianos; juntos asistimos también al IV Congreso Internacional de Arqueología, de Barcelona, que consagró ante el mundo científico el alto valor de los descubrimientos del Servicio.

Después del año 1933 mi estancia en Barcelona hizo que nos viéramos con menos frecuencia, lo que se compensaba por las largas cartas que de él recibía y en que me contaba sus nuevos estudios, y sobre todo, sus planes, planes de trabajo en común con que nuestro optimismo se complacía en recrearse. Nos proponíamos realizar, siguiendo el plan del Servicio, intensas exploraciones por la comarca setabense, preocupados sobre todo por encontrar nuevos restos musterienses que completasen la cultura de «Cova Negra» y otros yacimientos de la cultura del Parpalló.

\* \* \*

A través de las líneas que anteceden creo que destacarán algunos de los rasgos salientes de la personalidad de don Gonzalo Viñes: entusiasmo, vocación, simpatía, cualidades todas que le hacían un excelente arqueólogo, que como hombre que ha de buscar sus documentos en plena naturaleza y con ayuda de obreros de la azada, necesita algo más que la competencia y la erudición. Pero su personalidad era mucho más compleja y tenía una multitud de otras facetas que yo conocía sólo a través de sus conversaciones. Así sus trabajos en orden a la geología de la comarca, sobre todo en lo referente a la hidrología; sus investigaciones históricas sobre Játiva; sus descubrimientos artísticos; su labor incansable en pro del Museo de su ciudad, que tuvo en él a uno de sus fundadores y a un defensor constante, y ya en otro campo, su acción social y de propaganda católica y la de periodismo activo desde las páginas de «El Obrero Setabense», en el que publicó notables artículos de divulgación cultural que conservamos religiosamente. Y entre los múltiples aspectos de su personalidad no faltaba el cultivo de la poesía, con motivos religiosos o locales, y de la que habíamos visto bellas muestras, tanto en lengua castellana como en valenciano.

Como arqueólogo, don Gonzalo Viñes tiene dos méritos principales: uno de ellos como divulgador y propagandista de la Ciencia, a lo que daba singular realce su personalidad como sacerdote. Otro, el de prospector y excavador. Es este último sentido el que quisiéramos destacar principalmente, pues su nombre irá siempre unido al de «Cova Negra».

La «Cova Negra», amplia cavidad situada estratégicamente en la salida del valle de Albaida, en término de Játiva, había sido visitada anteriormente por algún arqueólogo, pero su material se había

El señor Viñes en la excavación de «Cova Negra».



clasificado muy erróneamente como capsiese, y precisamente sobre esta clasificación tuvo que sostener don Gonzalo Viñes empeñadas polémicas con algunos aficionados locales. Por fin, en 1928, y formando parte del plan de trabajos del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, que acababa de crearse, pudo iniciar excavaciones metódicas en la misma, que siguió en años sucesivos con bastante continuidad dentro de las limitaciones que imponían las consignaciones modestas de que disponía aquél.

La excavación era penosa por las condiciones de la cueva y aun peligrosa, sobre todo en los últimos tiempos, en que había llegado a capas bastante profundas. El material, no excesivamente abundante, resultó desde el primer momento muy típico. Su carácter musteriense resultaba evidente. Las puntas y raederas, el retoque escaleriforme, las reminiscencias achelenses, no desmerecían del musteriense clásico francés. Y en esto radica su máximo interés. Nos revela que la zona levantina, como lo fué en época posterior, se hallaba unida a la cultura europea. La fauna no puede ser tampoco más típica: elefante y rinoceronte, el antiguo y el de Merck, respectivamente, aparte otros animales menos característicos; elementos que nos han servido en múltiples ocasiones para impresionar a los profanos sobre la remota antigüedad de la presencia del hombre en la comarca setabense.

Por otra parte, el yacimiento de «Cova Negra» se enlaza con el musteriense descubierto por Siret en el sudeste, imperfectamente publicado también. Se repite aquí el caso de otras etapas prehistóricas en que todo el Levante mediterráneo español tiene una cultura homogénea y en relación con las comarcas al otro lado de los Pirineos. Un estudio minucioso permitirá, sin duda, incluir el material de aquella cueva en alguna de las nuevas fases que se han establecido en el Paleolítico inferior francés, acaso el «tayaciense».

«Cova Negra» continúa siendo la estación más antigua explorada en las comarcas valencianas, y esto sólo ya le daría gran valor. Para ser completa únicamente le falta lo que con tanto afán soñaba encontrar en ella don Gonzalo Viñes: un cráneo neandertaloide. Ello constituía su obsesión, y en algunos rincones a los que había llegado últimamente creía que se daban las condiciones favorables para haber servido de depósito de algún resto humano. Ha muerto sin haber visto confirmadas sus ilusiones.

Pero lo más lamentable es que la muerte haya truncado el estudio, muy avanzado ya, de sus materiales, en los que establecía las diferencias y niveles que sólo el que ha realizado la excavación puede reconstruir. El estudio de la fauna empezaba también a dar resultados curiosos. Toda esta experiencia se habrá perdido acaso y una buena obra queda a sus amigos y colaboradores: recoger sus datos y sus papeles, si ello es posible, y preparar la publicación de «Cova Negra» con la dignidad que se merece. Este será el mejor homenaje a su memoria que el Servicio de

Investigación Prehistórica, y a su lado los aficionados valencianos, pueden dedicarle y espero que encontrará eco en Játiva y en Valencia. Este homenaje, necesario, pero lento, no obsta para otros más rápidos: que su nombre sea grabado en algún lugar de Játiva, que él amó tanto y que yo propondría fuera en una de las paredes de «Cova Negra», en el soberbio marco que a ésta rodea. Esto podría dar lugar a un acto simpático y evocador, que pondría de manifiesto que la ciencia prehistórica debe mucho a los consagrados a la vida religiosa. Y el lugar es lo bastante de paso y cercano a poblado para que pueda considerarse público y asequible a todos. Y no puede faltar tampoco su sencilla inscripción en el Museo de Prehistoria de Valencia, sobre la vitrina donde se guardan los preciosos materiales del más remoto pasado de Valencia, que él con tanto afán sacó a luz. No menos que todo esto merece el ilustre setabense.

\* \* \*

En las largas horas que pasamos juntos en el Parpalló y en contacto directo con los obreros, no dejábamos de hablar de cuestiones sociales y políticas, y me hizo muchas veces participe de sus inquietudes. Cierta día, en el verano de 1931, paseando un atardecer por el camino de La Drova a Barig, pasaron por nuestro lado unos mozos. No pensaban que aquel cura era un hombre de ciencia, que trabajaba como un obrero más en las excavaciones y un apasionado defensor de los humildes. Y lanzaron varios gritos que creyeron insultantes para él. El hecho indignó a nuestros obreros y dejó gran tristeza en el ánimo de don Gonzalo Viñes, llevándonos a hacer pronósticos pesimistas, que se hallaban, sin embargo, bien lejos de llegar a suponer que aquella pasión se convertiría en furia desatada y que de ella sería una de las víctimas. Pero si el crimen nos lo arrebató cuando mucho esperábamos todavía de él, su recuerdo y su ejemplo vivirán siempre en nosotros.

## UN DIBUJANTE CIENTÍFICO DEL SIGLO XVIII <sup>(1)</sup>

POR

MANUEL VIDAL Y LÓPEZ

C. de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Cavanilles, en sus *Observaciones*, libro II, página 105, párrafo 10, dice: «Hallé en Castelló (*sic*) lo que no se encontrará en España ni tal vez fuera de ella, esto es, un hombre que sin libros, sin haber visto jardines ni tratado con botánicos ha dibuxado las plantas, aves y mariposas de

(1) De nuestra obra en preparación *Catálogo biobibliográfico de naturalistas levantinos*.